

MIS RECUERDOS DE GERMÁN ARCINIEGAS

GERMÁN CARRERA DAMAS*

Conocí personalmente a Germán Arciniegas, entonces presidente de la Academia Colombiana de Historia, durante los trabajos del Coloquio Internacional sobre la obra de Simón Bolívar, promovido por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), en conmemoración del bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar, celebrado en Caracas, del 21 al 23 de julio de 1983. Fui honrado con la designación de presidente del coloquio, y como tal estuve encargado de dirigir los debates. Algo hice en el desempeño de esta función, cuyo recuerdo no alcanzo a precisar, que disgustó a Germán Arciniegas, y alguien me lo señaló benévolamente. Tengo fresco el recuerdo, ese sí, de la preocupación que esto me causó, dado mi respeto y admiración por el insigne colombiano, de manera que a la salida de la sesión aproveché una ocasión para dirigirle las siguientes palabras: "Maestro, Ud. no puede disgustarse conmigo, pues aprendí a leer de verdad en uno de sus libros". No estaba sobrada de lógica mi frase, pero hizo efecto, pues de inmediato me preguntó cuál obra, *Biografía del Caribe*, —le respondí—, y añadí, "la leímos simultáneamente mi padre y yo, hacia 1945, y la comentamos mucho". Sonrió, y con gesto amable me tomó del brazo y me dijo la palabra de la que luego hicimos nuestro vínculo: "Véngase conmigo, tocayo".

* Escuela de Historia. U.C.V. Ex embajador ante la República de Colombia.

Por la noche, durante una cena en mi casa, a la que asistieron varios delegados y algunos profesores de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, el maestro estuvo siempre rodeado de admiradores, y sobre todo de admiradoras. Terminó por sentarse en la escalera, junto con varios de ellos. No supe de qué hablaron. Pero sí advertí el efecto que hacía su ilustrada y aguda elocuencia en la atención de los jóvenes que lo rodeaban. Sólo recuerdo que hacia la medianoche se levantó y me dijo: "Tocayo, me voy porque ya es hora de que se acuesten los muchachos".

Pasaron unos meses sin que tuviéramos contacto directo. La circulación en Caracas de su obra *Bolívar y la revolución* causó disgusto en los medios académicos porque se consideró que disminuía la grandeza de Simón Bolívar, y, como era entonces frecuente en estas materias, el conflicto saltó a la prensa. De un golpe, Germán Arciniegas pasó a ser un enemigo de Bolívar. Estaba vivo el asunto cuando recibí de mi tocayo una carta. No fue pequeña mi sorpresa al ver que literalmente me incitaba a terciar en la polémica, a lo que me negué alegando que me bastaba con mis propios pleitos bolivarianos y que él, no sé si por viejo o por sabio, o por ambas cosas, se bastaba y sobraba para enfrentar a sus adversarios. Mi carta quedó sin respuesta, y confieso que me costó mucho negarme a intervenir en la cuestión, como no dejé de lamentar los términos de mi respuesta.

Transcurrieron varios años sin que estuviésemos en contacto directo. En 1992 fui designado embajador ante la República de Colombia, con la instrucción, impartida personalmente por el presidente Carlos Andrés Pérez, de que trabajase por ampliar y profundizar la integración entre Venezuela y el país de destino, evitando que se circunscribiese al intercambio económico, que tendía a ser considerable, y procurando ampliar y extender tal integración mediante el procesamiento sereno de los frecuentes incidentes fronterizos.

Cavilando sobre la manera de llevar a la práctica la instrucción recibida, resolví visitar a todos los ex presidentes de la República y al presidente de las letras colombianas. Me presenté a los primeros con una franca declaración de buena voluntad, y el pedido de orientación y consejo para el mejor cumplimiento de la instrucción presidencial. En todas las entrevistas con ex presidentes de la República, superado un breve lapso

de comprensible recelo, se estableció una comunicación franca de la cual extraje valiosas enseñanzas y orientaciones, que contribuyeron a mi desempeño diplomático.

Pero las cosas transcurrieron de otra manera con mi tocayo, quien yo sabía que, por su avanzada edad, estaba corto de vista pero no de visión. Me recibió una tarde, en su casa. Al decirle mi nombre y nacionalidad, tomó la palabra y me dijo que estaba por llegar a Bogotá el nuevo embajador de Venezuela, quien era conocido suyo y era un joven historiador muy destacado en lo profesional y apreciado por él en lo personal, del que se había expresado días antes, en la televisión, en términos propiciatorios. Aquí le interrumpí, diciéndole: "Tocayo, soy yo". Ante mi declaración guardó un brevísimo silencio, tras el cual extendió su mano hacia mi cabeza para atraerla hacia la suya y expresarme con este gesto una cálida bienvenida.

Obviamente, atendió al mismo pedido que había hecho a los ex presidentes de la República, y luego de brindarme sus consejos, terminamos por hablar de historia y ésta fue para mí la oportunidad de recordarle el incidente en torno a su libro, calificado por la prensa venezolana de antibolivariano. Me dijo que lo había escrito porque consideraba que sus compatriotas necesitaban un símbolo nacional, pues lo único nacional que tenían entonces eran las reinas de belleza. Le repliqué observándole que no me parecía razonable que para exaltar a Francisco de Paula Santander fuese necesario disminuir a Simón Bolívar, pues éste era el más alto héroe de la República de Colombia, nacido en el Departamento de Venezuela. En ese momento se levantó, y tomándome de la mano me invitó a acompañarlo a una habitación contigua. Me condujo hacia una rinconera y allí me mostró la que luego me dijo que era una de las estatuillas ecuestres de porcelana que Antonio Guzmán Blanco dispuso se hicieran para conmemorar el centenario del nacimiento de Simón Bolívar, y al mostrármela apretó mi mano en un tácito mensaje.

Confieso que la moraleja de esta entrevista me mantuvo mentalmente ocupado por no corto tiempo. Me perturbaba la posibilidad, y la significación, de la circunstancia de que Simón Bolívar resultase ser un héroe grancolombiano nacido en Caracas, y la de que su sombra estorbaba el ascenso de Francisco de Paula Santander al rango de héroe nacional de la Colombia heredera de la República de Colombia.

Me pareció que la cuestión consistía en decidir si Simón Bolívar podría ser, o debería ser, proclamado Padre de la Patria de la nueva República de Colombia, como lo fue de la República de Colombia denominada Gran Colombia. Recuérdese que en el considerando del decreto legislativo de 24 de julio de 1823, "Por el que se concede al Libertador Presidente la pensión de treinta mil pesos anuales vitalicios", se proclama... "Que es un deber de la República cuidar de la subsistencia, cómoda y decente del que le ha dado el ser, y de quien justamente espera habrá de elevarla al punto de grandeza y perfección a que la llaman sus destinos"... El Congreso de Colombia extendió, de esta manera, a Simón Bolívar, un certificado circunstanciado de Padre de la Patria, responsabilizándolo de su existencia al igual que de conducirla hacia la realización de su destino de grandeza. Unos años después Simón Rodríguez no vaciló en ampliar la competencia del Padre de la Patria: ... "Bolívar es el Patriarca Político de la América." (*Defensa del Libertador del mediodía de América, defendido por un amigo de la causa*, p. 105).

No sin vacilaciones me atrevo a concluir que mi tocayo razonaba sobre el asunto colocándolo en dos planos. Uno, el del historiador comprometido con su oficio, se expresó con el apretón de su mano al mostrarme la estatuilla ecuestre de Simón Bolívar. El otro, el del historiador ciudadano, le hacía comprender cuán importante era, particularmente en aquellos difíciles momentos sociopolíticos, que el pueblo colombiano contase con factores de cohesión, lo que le llevaba a creer que en esta función era importante la presencia de un héroe nacional con destellos propios, y no considerablemente reflejos.

Al serme asignado como nuevo destino la República Checa, donde presenté mis cartas credenciales el 30 de mayo de 1995, perdí todo contacto directo con mi tocayo, si bien guardé como postrer recuerdo su asistencia a la presentación de un documental sobre el general Juan Vicente Gómez en la residencia del embajador en Bogotá.



Foto: Daniel Matos